

Samir Amin

Unidad y mutaciones del pensamiento único en economía¹

La historia de la teoría económica, como la de todas las ciencias sociales, no se despliega conforme a un esquema análogo al recorrido de las ciencias de la naturaleza. En lo referente a estas últimas, estamos sorprendidos por el hecho que las teorías nuevas, más justas, más complejas, más amplias, acaban siempre sustituyéndolas definitivamente a las que habían dominado anteriormente las cuales, desde entonces, son abandonadas. No es que se trate de un conflicto de escuela, y que a veces la victoria de una teoría no sea sino temporal. Pero, como Kuhn lo ha ilustrado bien, el ahondamiento en el conocimiento acaba siempre imponiendo sus nuevos paradigmas. El concepto de ciencia, el cual está estrechamente asociado a este movimiento, se aplica aquí en todo su sentido. No pasa lo mismo en el campo del conocimiento de la realidad social, donde vemos escuelas oponerse sin que el punto de vista de una de ellas logre, en ningún momento, imponerse integralmente. Las escuelas se definen con conceptos diferentes, a veces diametralmente opuestos, de lo que constituye la realidad que es el objeto mismo del análisis: la sociedad. Y esta oposición sobrevive a todas las evoluciones de la realidad misma, la infringe.

Los mejores, en cada una de las escuelas, sabrán por supuesto tomar en cuenta estas evoluciones, las nuevas preguntas que plantean, afinar sus observaciones y sus instrumentos de análisis; pero se quedarán en el marco de su paradigma. Esta diferencia define entonces estatutos diferentes del análisis científico en los campos de la naturaleza y de la sociedad; ella nos recuerda que el ser humano, individual y social, hace su historia, mientras que solamente observa la de la naturaleza. Ciencia (en el

sentido de respeto de los hechos) e ideología (en el sentido de punto de vista legitimando el conservacionismo social o el movimiento de transformación de la sociedad) son aquí inseparables; y es por esta razón que prefiero hablar de “pensamiento social” (sin que esto exija que renunciemos a someterlo a las exigencias del método científico) más bien que de “ciencia social” a secas.

En lo que se refiere a la historia moderna, la del capitalismo, desde hace dos siglos dos discursos se oponen; y el uno nunca podrá convencer a los partidarios del otro. Hay por una parte el discurso conservador, que legitima el orden social del capitalismo, hay por otra parte el del socialismo, que hace una crítica radical del capitalismo. No es que estemos dando vueltas, repitiendo incansablemente de una y otra parte los mismos argumentos. Porque el capitalismo en cuestión está en evolución permanente, y, para cada una de sus fases las exigencias de su despliegue, solicitan políticas específicas y diferentes. El punto de vista más interesante en la corriente conservadora (procapitalista) es el que logra legitimar las políticas requeridas, establecer su eficacia en las prácticas. Del otro lado de la barrera, los problemas sociales creados por este mismo despliegue se transforman, los unos se atenúan o desaparecen, los otros se amplifican o son nuevos; el punto de vista más eficaz en la corriente de la política radical es el que toma la medida exacta de los nuevos desafíos.

El pensamiento social está entonces siempre estrechamente ligado a la cuestión del poder social, sea que legitima un poder establecido dado, sea que impugnándolo propone otro. En el conjunto de las formulaciones que constituyen el pensamiento burgués, la que responde mejor a las exigencias de la fase particular del despliegue capitalista considerada, conquista fácilmente una posición de pensamiento dominante, ella se torna en el “pensamiento único” del momento.

En cambio, a medida que el pensamiento único del capitalismo hace referencia al poder sólo

¹ Publicado en el libro: *Los retos de la globalización. Ensayo en homenaje a Theotonio Dos Santos*. Francisco López

Segrera (ed.). UNESCO, Caracas. 1998.

para impugnarlo, la regla tiende aquí más a la pluralidad de las formulaciones. Sin embargo, y porque precisamente de 1917 a 1990 un sistema de poder realmente existente presumía ser una alternativa social, un pensamiento social dominante se había impuesto también en los rangos del socialismo, en estrecha simbiosis con el poder soviético establecido. Otro “pensamiento único”- expresado en un lenguaje de una vulgata de inspiración marxista - coexistía con las formas sucesivas que el pensamiento único capitalista ha conocido durante esta época; liberal nacionalista, keynesiano, neoliberal mundialista. Con la caída de la alternativa soviética desaparece el «pensamiento único» del socialismo realmente existente, dejando lugar a un esponjamiento de críticas radicales de obediencias diversas y de alcances desiguales, que todavía no se han cristalizado en proyectos alternativos coherentes, formulados en sistemas renovados de pensamiento crítico y suficientemente poderosos para constituir respuestas eficaces a los desafíos del mundo contemporáneo. El pensamiento único burgués del momento reina entonces universalmente, sin la división que lo apremiaba en la época del dualismo ideológico. No obstante, esta situación no es nueva: el pensamiento burgués dominante en las formas apropiadas a las exigencias de la expansión capitalista de 1800 a 1914 era igualmente, en buena medida, el pensamiento único universal de los momentos sucesivos de esta expansión.

El discurso dominante del capitalismo se despliega entonces en formas sucesivas, las cuales, más allá de la diversidad de las modalidades con las cuales se expresa, quedan organizadas alrededor de un núcleo incambiado de conceptos y de métodos fundamentales. Localizar la permanencia de este núcleo duro e identificar el alcance real de las modalidades sucesivas y variadas del discurso es también entender lo que es permanente en el capitalismo y lo que es específico a cada una de las fases de su expansión.

Así podremos situar los “pensamientos únicos” sucesivos en la historia de la sociedad capitalista.

La ideología propia al capitalismo es siempre economicista, y por ésto da un sitio dominante a lo que se transforma - en su discurso- en la teoría económica. Sin embargo este carácter (y la autonomía que la teoría económica adquiere por ende) no lo resume integralmente. Porque este discurso es también el producto de una filosofía social y política que fundamenta el concepto de libertad individual y define los marcos de la práctica de la democracia política moderna.

Los caracteres y contradicciones de la teoría económica convencional derivan de esta posición ambigua que ocupa en el discurso holista del capitalismo. Esta teoría económica es efectivamente descuartizada entre dos posiciones extremas. En uno de sus polos ella trata de librarse de todas las dimensiones de la realidad social que constituyen la organización de las sociedades en naciones, la práctica de la política y la intervención del Estado, para construir una “economía pura” (es la calificación que se atribuye a ella misma) que obedece sólo a sus propias leyes e ignora toda otra consideración. Esta tendencia permanente en la teoría económica convencional busca entonces formular una teoría rigurosa - según sus propios criterios - del equilibrio general producido por el carácter autoregulator de los mercados. Pero en otro de sus polos la teoría económica escoge deliberadamente la opción de ponerse al servicio del poder realmente existente, para sacar de él acciones eficaces enmarcando el mercado y sosteniendo la posición de la nación en el sistema mundial. Ahora bien, este poder realmente existente no es rigurosamente idéntico a él mismo a través del espacio. Decir que se trata allí del poder de la burguesía es totalmente insuficiente, incluso si esta proposición no es falsa. Este poder se ejerce a través de bloques sociales hegemónicos particulares a diferentes países y fases de la historia, e implica por ende políticas de Estado sosteniendo los compromisos sociales que definen estos bloques. La teoría económica está entonces formulada en los términos que convienen a estos objetivos, lejos de toda preocupación abstracta de la economía pura.

El pensamiento único se expresa generalmente en formulaciones sucesivas de este segundo tipo, mientras que la “economía pura” está relegada al rango de discurso académico sin alcance en la vida real. No obstante, en ciertos momentos excepcionales - de los cuales hay que entonces explicar las razones - el pensamiento único se aproxima a las proposiciones de la economía pura, o incluso se funde en ésta. Estamos actualmente en uno de estos períodos.

No voy a volver aquí sobre las razones por las cuales el discurso del capitalismo es economicista por naturaleza. Este carácter es el producto de una exigencia objetiva: el capitalismo solamente puede funcionar bajo esta condición; ella implica la inversión de la relación política/economía, la substitución de la sumisión del primer término al segundo, a la inversa de lo que caracteriza los sistemas sociales precapitalistas. Esta exigencia objetiva crea entonces el espacio para que se constituya una “ciencia económica”, la de las leyes (económicas) que gobiernan la reproducción de la sociedad capitalista, que aparece - y en esto rompe con el pasado - gobernada por estas leyes. Esta inversión de posiciones de instancias (política y económica) en su relación mútua obligaba entonces necesariamente a formular una “teoría económica pura”.

Tampoco volveré sobre la historia de la constitución de esta teoría. Esta última se produce inmediatamente, en el momento en que - con la revolución industrial del comienzo del siglo XIX - el capitalismo toma su forma final. Ella se expresa primeramente bajo formas borrosas, que se reducen casi al elogio incondicional del “mercado” (Bastiat), en lo que Marx calificaría, evidentemente y por esta razón, como economía vulgar. Más tarde, el instrumento matemático será movilizado para formular la interdependencia de los mercados en la teoría del equilibrio general (Walras).

Demostrar que el capitalismo puede funcionar (funciona efectivamente) no es la única preocupación de esta teoría que constituye el núcleo duro inevitable del discurso del capitalismo.

Hay que demostrar también que este funcionamiento racional responde a las expectativas de los individuos y, por ende, que el capitalismo es legítimo e incluso «eterno». Es el «fin de la historia». Esta demostración implica entonces necesariamente el reestablecimiento de un vínculo entre la teoría económica y la filosofía social y política. El discurso se enriquece para transformarse entonces en el discurso holista del capitalismo, trascendiendo la base económica de la demostración.

La relación que vincula la teoría económica convencional a la filosofía social que la sostiene se despliega en numerosas dimensiones. Retendré dos de ellas aquí, las cuales son importantes para nuestro propósito: la teoría del valor y el concepto de libertad individual.

La opción en favor de un concepto fundamentando el valor en el trabajo social o en la apreciación individual y subjetiva de la utilidad deriva ella misma de la oposición entre dos conceptos de lo que es la realidad social. La segunda de estas opciones, que se ha cristalizado en una teoría de la economía pura sólo tardíamente, después de (y ampliamente en respuesta a) Marx, define la sociedad como una colección de individuos, sin más. A pesar de su formulación cada vez más sofisticada, la tentativa de establecer sobre esta base los teoremas que permiten demostrar que el sistema funciona y se reproduce (el equilibrio general) y que es simultáneamente óptimo (procura la satisfacción máxima de los individuos) - y por este hecho racional y eterno - no me parece en absoluto haber logrado su meta. Pero esto no es el objeto de nuestro tema aquí. Por lo contrario, la primera opción, porque se fundamenta en cantidades que pueden ser medidas, ha alimentado la serie de presentaciones sucesivas de la realidad capitalista analizadas en formas positivas, del equilibrio general de Walras, retomado y reformulado por Maurice Allais (en una tentativa de producir la síntesis interdependencia positiva de los mercados - valores subjetivos) del sistema de Sraffa (puramente positivista).

El espíritu positivista que anima los desarrollos de esta corriente de la teoría económica convencional establecía una comunicación posible entre el discurso del capitalismo y el de su crítica, o por lo menos de uno de los discursos posibles de la crítica del capitalismo como lo veremos más lejos.

No menos importante es la relación que la teoría económica pura - en todas sus modalidades - mantiene con la filosofía burguesa de la libertad individual. Encontramos aquí una filosofía que efectivamente ha sido producida por la burguesía para afirmarse en contra del Antiguo Régimen y - para fundamentar su sistema económico y social propio, que seguramente no se resume en el solo concepto de libertad individual. Pero éste último ocupa, en la teoría económica, un sitio determinante. El Homo Oeconomicus es un individuo libre, que propone su trabajo o lo rehusa, innova o se abstiene, compra y vende. El ejercicio de esta libertad implica la organización de una sociedad fundamentada en el mercado generalizado, del trabajo, de la empresa, de los productos.

La lógica del principio implicaría que la realidad social produzca todas las condiciones y nada más que las condiciones para el ejercicio de esta libertad individual, es decir que arroje como irracional la asociación de estos individuos en comunidades (las naciones por ejemplo), el Estado histórico e inclusive la propiedad privada como vamos a verlo. Bajo estas condiciones todos los individuos que constituyen la población del Planeta podrían reencontrarse en mercados para negociar sus relaciones mutuas en una igualdad perfecta puesto que ninguno de ellos se beneficiaría del privilegio de ser propietario de un capital cualquiera. Un Estado - Administración - Banco, mundial por supuesto, situado por encima de estos individuos, tendría la carga de administrar este mercado generalizado. Los candidatos empresarios le propondrían sus proyectos, sometidos a adjudicación. El Estado-banco prestaría el capital a los beneficiarios de estas adjudicaciones.

Otros individuos propondrían su trabajo a los empresarios, y todos los productos serían vendidos y comprados en mercados transparentes. Esta lógica llevada a su extremo límite asusta a los defensores del capitalismo y, por esta razón, es raramente propuesta (aunque Walras, como su sucesor Allais hayan iniciado una idea en este sentido). Por el contrario, ciertas corrientes del pensamiento social crítico del capitalismo se encontraron cómodas en esta lógica. Ellas han entonces concebido un mercado planificado así, perfecto, más perfecto que el del capitalismo realmente existente, y además perfectamente equitativo porque está basado en la igualdad de los ciudadanos (de un país o del mundo). Este socialismo -del cual Barone fué un precursor histórico - se parecía mucho al capitalismo, a un “capitalismo sin capitalistas (privados)” o más exactamente sin propietarios hereditarios del capital. Pero pertenece a estas reglas críticas que no ponen de nuevo en tela de juicio el economicismo inherente al capitalismo (la alienación economista inseparable del mercado). Esta corriente reencontraba igualmente los argumentos del análisis positivista del equilibrio general expresado en valores-trabajo. Los materiales estaban disponibles para el concepto de lo que iba a convertirse en planificación socialista. Volveremos entonces a encontrar este tema más adelante.

El concepto burgués de la libertad individual retomado por la economía pura (capitalismo o incluso socialista) es el de un anarquismo de derecha, anti-Estado, anti-organización (sindical entre otra), en principio igualmente anti-monopolio; es, por consiguiente, popular en los medios de la pequeña industria y, como se sabe, ha constituido uno de los componentes de los movimientos profascistas y fascistas de los años 1920 de estas clases medias desconcertadas. Pero puede caer fácilmente en el estatismo - lo que fué el caso de los fascismos históricos. Esta indecisión procede del hecho que la “economía pura” (y la “gestión de la sociedad por el mercado” que éste inspira) es una utopía. En efecto, está fundamentada en hipótesis que eliminan todas las dimensiones del capitalismo realmente existente, molestas para el despliegue de su retórica, entre otros: el

Estado, la nación, las clases sociales, el sistema mundial, puesto que hace abstracción de la apropiación privativa de los medios de producción, de las formas de la competencia real (los oligopolos, etc) y de las reglas de acceso a la utilización de los recursos naturales. Pero la realidad eliminada en el discurso se venga y se impone en definitiva.

Detrás del discurso abstracto de la economía pura y del mercado se esconde un modelo real del mercado muy diferente, éste es primeramente dual: integrado en sus tres dimensiones (mercado de productos, del trabajo, del capital) a nivel de las formaciones nacionales, truncado y reducido a dos de sus tres dimensiones (mercado de productos y del capital) a nivel del sistema mundial.

Esta dualidad se expresa entonces en el conflicto de las naciones en el seno del sistema mundial obligando la retórica del anarquismo de derecha a mezclarse a la del nacionalismo. Por otra parte la alienación economicista de la cual procede la utopía capitalista en cuestión conduce directamente a tratar los recursos naturales a su vez como objetos del intercambio mercantil, con todas las consecuencias que esta aminoración implicará.

Como el capitalismo puro no existe, como el capitalismo realmente existente no constituye una aproximación del capitalismo puro, porque es de una índole diferente, los teoremas propios a la economía pura no tienen sentido alguno y las reglas de conducta y proposiciones que se deducen son inaplicables. Nuestros ideólogos tienen entonces que aceptar que las naciones y los Estados en competencia existen, que la competencia es oligopólica, que la propiedad privada ordena la repartición del ingreso, etc. Prolongaremos entonces el discurso abstracto de economía pura con proposiciones de políticas económicas concretas que presentaremos generalmente como conformes a las exigencias de un óptimo de segundo rango ("second best"), mientras que no lo son en absoluto. Estas proposiciones son sencillamente la expresión de las exigencias de las políticas al servicio de los intereses cuya existencia de principio se ha negado: la nación, las clases dominantes, tal fracción de entre

ellas, según las relaciones de fuerza particulares a tal país y tal fase de la historia capitalista.

Se entiende entonces que el pensamiento único burgués no asuma generalmente las formas extremas de la utopía capitalista, en las fronteras de lo absurdo. Este pensamiento único se expresa más fuertemente y más frecuentemente bajo formas realistas, apropiadas a situaciones concretas, combinando mercado, Estado y nación, compromisos sociales propios al funcionamiento de bloques hegemónicos.

No propondré aquí una historia de estas formas sucesivas del pensamiento único del capitalismo. Solamente recordaré algunos grandes rasgos, referentes al período moderno. A fines del siglo XIX - a partir de 1880 aproximadamente - desde el momento en que se constituye el capitalismo de los monopolios (en el sentido que Hobson, Hilferding y Lenine le han dado) hasta 1945, el pensamiento único del capitalismo puede ser calificado de "liberalismo nacionalista de monopolios". Por liberalismo entiendo la doble afirmación del papel preponderante de los mercados (mercados oligopólicos por supuesto) considerados, por una parte, como autoreguladores de la economía en el marco de las políticas de Estado apropiadas puestas en ejecución en la época, por otra parte, de la práctica de la democracia política burguesa. El nacionalismo modula este modelo liberal y da su legitimidad a las políticas de Estado que subtienden la competencia en el sistema mundial. A su vez éstas se articulan sobre bloques hegemónicos locales que fortalecen el poder del capital dominante de los monopolios con la ayuda de diferentes alianzas con clases y capas medias y/o aristocráticas, y aíslan la clase obrera industrial. Se conocen estos modelos de regulación, como los de Inglaterra y de Alemania, fundamentados en la protección de los privilegios de la aristocracia o de la agricultura de los Junkers, o el de Francia, fundamentado en el sostén a la agricultura campesina y a las empresas familiares. De una manera general igualmente estas alianzas se completan y se fortalecen con los privilegios coloniales. La democracia electoral, asentada

en esas alianzas, permite una negociación permanente flexible de las condiciones de su reproducción. El modelo, sin ser partidario del estatismo, se sitúa sin embargo en las antípodas del discurso anarquista de derecha anti-Estado. El Estado está allí para asegurar la gestión del bloque hegemónico, enmarcar y organizar con este objetivo los mercados (sostener a los agricultores por ejemplo), administrar la competencia internacional (con el proteccionismo y la gestión monetaria). Su intervención activa en este sentido está considerada como perfectamente legítima, incluso necesaria. Un mundo separa entonces este pensamiento único de la época, de la utopía del capitalismo puro. Esta sobrevive replegada en el mundo de las universidades, donde, como siempre, acusa a la historia de tener la culpa porque ella no se conforma con la razón de la economía pura. Pero por esto no ejerce influencia alguna.

El pensamiento único liberal nacionalista de los monopolios entra en crisis cuando el sistema que subtiende entra él mismo en la crisis que se abre en 1914 (la competencia económica se había transformado en guerra mundial). Sitúo en este marco su desviación fascista de entre las dos guerras. El fascismo abandona el aspecto político democrático del sistema, pero no renuncia ni al nacionalismo (que al contrario exagera) ni a los compromisos sociales internos que fortalecen el poder de los monopolios. El pensamiento fascista forma parte entonces del pensamiento único dominante de toda una larga fase de la historia del capitalismo, aunque represente una expresión enferma.

El pensamiento único del liberalismo de esta época no se basa en una concepción anárquica de la libertad individual. Al contrario, se supone que ésta necesita el Estado de derecho, la legislación, para expandirse correctamente. Sin embargo su concepto de democracia queda muy limitado: los derechos del individuo son los que garantizan la igualdad jurídica formal, la libertad de expresión y hasta cierto punto de asociación. Pero nada más: lo que aparecerá más tarde como derechos sociales especiales necesarios para hacer realidad los derechos

generales (tanto en el contra modelo del socialismo realmente existente a partir de 1917 como en el de la etapa ulterior del capitalismo después de 1945) está todavía en un estado apenas embrionario.

La crisis del pensamiento único liberal nacionalista se abre cuando la pretensión de la teoría económica que es la de asegurar el funcionamiento armonioso de la sociedad - está desmentida en los hechos. Esta teoría económica, que se constituye en un corpus de conjunto integrado precisamente en ese momento de la historia (y de la cual Alfred Marshall es la expresión más completa sin duda alguna), es un “discurso de armonías universales”. Ella pretende demostrar en efecto que los mercados (enmarcados por las políticas de Estado adecuadas) son autoreguladores (en el sentido de que por su funcionamiento ellos absorben los desequilibrios oferta-demanda).

Pero ella no se contenta aquí con una demostración general y abstracta. Ella la especifica en todas las dimensiones de la realidad económica. Por ejemplo, ella desarrolla una teoría del ciclo y de la coyuntura que completa, concretándola, la teoría general del poder autoregulator de los mercados. Ella desarrolla paralelamente una teoría de las fluctuaciones de la balanza de pagos que asegura la automaticidad del equilibrio a nivel mundial. Ella completa el cuadro con su teoría de la gestión de la moneda, sometida a la obligación de sostener el potencial regulador de los mecanismos del mercado.

No obstante, a partir de 1914 precisamente, ninguna de estas promesas de armonía funciona ya. Sin embargo, este pensamiento único sigue imponiéndose e imponiendo sus recetas de entre las dos guerras: proteccionismos nacionales, monedas competidoras fuertes, reducción del gasto público y de los salarios en respuesta a la crisis etc. ¿Será por pura inercia intelectual? En mi opinión la respuesta a esta pregunta no debe ser buscar en esta dirección, la del debate de las teorías económicas, sino en el plano de la realidad de equilibrios sociales que subtienden las políticas de la época. Hasta en el New Deal rooseveltiano y en el Frente Popular francés de 1936, la clase obrera

permanece débil y aislada. ¿Por qué el capital le haría concesiones en estas condiciones? En el debate de ideas, Keynes critica precisamente el proceso del pensamiento único de entre las dos guerras, demostrando que inspira políticas económicas que agravan la crisis. Sin embargo esta crítica queda sin tener impacto. Será necesario que con la segunda guerra mundial los equilibrios sociales se transformen en pro de las clases obreras y de los pueblos oprimidos para que su mensaje sea entendido, y se transforme en el eje del nuevo pensamiento único.

El análisis que he propuesto aquí explica, en mi opinión, por qué un nuevo pensamiento único va a substituir al del liberalismo nacionalista a partir de 1945, para dominar la escena mundial hasta 1980. La segunda guerra mundial, en efecto, ha modificado, a través de la derrota del fascismo, la relación de fuerzas en favor de las clases obreras en el Occidente desarrollado (estas clases adquieren una legitimidad y una posición que nunca habían tenido hasta ahora), de los pueblos de las colonias que se liberan, de los países del socialismo realmente existente (prefiero decir del soviétismo). Esta nueva relación está detrás de la triple construcción del Estado de bienestar (el Welfare State) sostenida por las políticas keynesianas nacionales, del Estado de desarrollo en el tercer mundo, del socialismo de Estado planificado. Calificaré entonces el pensamiento único de la época (1945-1980) de “social y nacional”, operando en el marco de una mundialización controlada.

Karl Polanyi es el primero en haber entendido la naturaleza y el alcance de la cristalización de este nuevo pensamiento, que se transformaría en pensamiento único de la postguerra. No volveré aquí sobre la crítica que él había dirigido al liberalismo de la etapa 1880-1945, responsable de la catástrofe. Atacando de frente al núcleo duro de la utopía capitalista, mostraba que el trabajo, la naturaleza y la moneda sólo pueden ser tratados como mercancías si se paga el precio de la alienación del ser humano y la de su degradación, de la destrucción sin piedad de los recursos del Planeta y de la negación de la relación poder de Estado-moneda en beneficio de la especulación financiera. Estos

tres fundamentos de irracionalidad del liberalismo subirán de nuevo a la superficie a partir de 1980.

El pensamiento único dominante de 1945 a 1980 se había entonces construido en parte por lo menos sobre la crítica del liberalismo. Es por esta razón que lo he calificado como “social y nacional”. Omitiendo el término de liberalismo, subrayo aquí este hecho. El nuevo pensamiento único, llamado muchas veces “keynesiano” para simplificar, es por supuesto un pensamiento capitalista. Esa es la razón por la cual no rompe radicalmente con los dogmas fundadores principales del liberalismo pero los aprovecha solamente en parte. El trabajo queda tratado como una mercancía, pero la dureza de este tratamiento está atenuada por el triple principio de la negociación colectiva, del seguro social y del crecimiento del salario paralelamente al de la productividad. Los recursos naturales, por lo contrario, son objeto de un desperdicio sistemático agravado, consecuencia ineluctable de la absurda “depreciación del futuro” que define la racionalidad del cálculo económico corto (mientras que se necesita, al contrario, “valorizar el futuro”). La moneda, por lo contrario, está en lo sucesivo sometida a una gestión política tanto a nivel de los Estados como al del sistema mundial (Bretton Woods se traza el objetivo de asegurar la estabilidad de los cambios).

Los dos calificativos de social (y no socialista) y de nacional traducen bien, en mi opinión, lo esencial de las políticas puestas en ejecución durante el período y, por consiguiente, de los medios movilizados con este fin. La solidaridad - que se ha traducido por una notable estabilidad en la repartición del ingreso, por el pleno empleo y por el aumento continuo de los gastos sociales - fué ideada para ser realizada primero en el terreno nacional con políticas de intervencionismo sistemático del Estado (de allí su calificativo de política keynesiana o neokeynesiana). La reformulación de estas políticas en términos de “regulación” (fordista o welfarista) ha permitido precisar las razones de la legitimidad y de la eficacia de la intervención del Estado así concebida. Sin

embargo este nacionalismo -seguro- no era exagerado. Porque se inscribía en una atmósfera general de regionalización (como lo atestigua la construcción europea) y de apertura mundial (Plan Marshall, expansión de las multinacionales, negociaciones colectivas Norte-Sur organizadas en el seno de las Naciones Unidas, en la CNUCED, en el GATT, etc.) aceptada, deseada incluso, pero controlada.

La analogía entre los objetivos fundamentales de estas prácticas del Welfare State, por una parte, y los de la modernización y de la industrialización de los países del Tercer Mundo que se volvieron independientes (que he llamado el proyecto de Bandung para Asia y Africa, paralelamente al “desarrollismo” de América Latina), por otra parte, permite calificar este pensamiento de dominante a escala de todo el sistema mundial fuera de la zona del sovietismo. Para los países del Tercer Mundo se trata igualmente de “recuperar” el atraso, por una inserción eficaz y controlada, en un sistema mundial en expansión.

Se entiende entonces que el pensamiento único de la fase 1945-1980 no haya sido solamente una “teoría económica” (la del keynesianismo y de la gestión macroeconómica nacional que se desprende de ella), sino también la expresión de un verdadero proyecto societario, capitalista seguramente, pero “social”. Y en este marco se entiende que se hayan hecho progresos substanciales en el campo de los derechos sociales específicamente destinados a concretar los derechos generales. El derecho al trabajo y los derechos del trabajo, el derecho a la educación y a la salud, la protección social, la constitución de fondos de pensiones y de jubilación, la revisión de las escalas de remuneraciones mejorando la suerte de las mujeres en el trabajo han sido siempre formulados como objetivos propios a la expansión y al desarrollo. Sin embargo, es evidente que las realizaciones efectivas en estos campos han sido desiguales y ampliamente dependientes de la potencia de los movimientos sociales.

Al término de los cuatro decenios de la postguerra, el modelo había agotado su

potencial de expansión. Es esta evolución, paralela a la del agotamiento del contramodelo soviético, la que está en el origen de la crisis global del sistema, que se abre en 1980, y se acelera durante el decenio para concluir en 1990 con el desmoronamiento generalizado de los tres subsistemas constitutivos de la fase anterior (el Welfare State, el proyecto de Bandung, el sistema soviético). Esta crisis - que se despliega en el terreno de la realidad - ha causado el hundimiento del pensamiento único “social y nacional” operando en el marco de una “mundialización controlada” de la fase de la postguerra. Este hundimiento no es, evidentemente, el producto de un debate que se hubiese situado en el terreno de la “teoría económica”, oponiendo a los “jóvenes” neoliberales (los alumnos de Von Hayek, los monetaristas de Chicago, etc.) a los “dinosaurios socialistas” como se quiere a veces dejar creer en la polémica que ocupa el primer plano de la escena.

El período nuevo que se abre con la caída de los modelos de expansión real de la fase anterior, que todavía no ha encontrado el tiempo de estabilizarse. Es la razón por la cual lo he analizado en término de “caos” (y no de nuevo orden, nacional y mundial), y he analizado sus prácticas en terminos de “gestion de la crisis” y no de nuevo modelo de expansión.

Esta observación acciona la calificación que propongo del nuevo pensamiento único, propulsado por la crisis. Este pensamiento que se presenta como “neoliberal mundializado” podría ser más precisamente calificado de “neoliberal no social, operando en una mundialización desenfadada”.

Pero, por ésto, es irrealista, utópico y, por consiguiente, no se puede poner en práctica real y plenamente. Los dogmas que lo constituyen son demasiado conocidos para que se necesite recordarlos aquí (privatización, apertura, cambios flexibles, reducción de los gastos públicos, desregulación de los mercados). No son duraderos porque encierran el capitalismo en un estancamiento fatal, cierran todas las puertas que permitirían sobreponerse a la crisis y dejar paso a una nueva expansión. He dado por otra parte las razones de este juicio que

comparto con Sweezy y Magdoff, es decir que la ley unilateral de la ganancia, si no choca con la resistencia de las fuerzas sociales antisistémicas que representan las aspiraciones de los trabajadores y de los pueblos, arrastra fatalmente un desequilibrio en pro de la oferta, estructuralmente superior a la demanda. En otras palabras, contrariamente al dogma seudoteórico de la utopía capitalista (de la teoría de la economía pura) los mercados no son autoreguladores; necesitan ser regulados para funcionar.

Las alternativas duras que el nuevo pensamiento único impone no son el producto de una desviación intelectual que asegure el triunfo de sus partidarios en el debate teórico. Son el producto de una nueva relación de fuerzas que favorecían en grado sumo al capital, ya que las clases trabajadoras y las naciones de la periferia habían perdido progresivamente las posiciones de fuerza en las cuales ellas se encontraban al salir de la derrota del fascismo. Los modelos de desarrollo sobre los cuales se apoyaban están acabados, las fuerzas populares todavía no han tenido tiempo para recristalizarse alrededor de nuevos proyectos societarios adecuados, aceptables para ellas y posibles. Este desequilibrio está en el origen de la financiación la cual he propuesto analizar más adelante.

Si estas alternativas duras dominan ampliamente el discurso retórico, en la realidad están puestas en ejecución de una manera que entran en contradicción, a veces flagrante, con los dogmas de los cuales proceden. La mundialización pregonizada queda trunca, e incluso lo es cada vez más en detrimento del mercado del trabajo por las restricciones reforzadas a los flujos de migraciones; el discurso sobre las virtudes de la competencia esconde mal las prácticas de defensa sistemática de los monopolios (como vemos que se despliegan en el seno del GATT y de la nueva Organización Mundial del Comercio, OMC), mientras que la afirmación de la depreciación del futuro (fortalecida por la financiación) reduce a nada el alcance del discurso medio ambientista. Por fin, a pesar de la afirmación de principios antinacionalistas,

las Potencias (y singularmente los Estados Unidos) hacen sin cesar la demostración de su fuerza en todos los campos, militar (guerra del Golfo) y económico (artículo 301 del código americano de comercio internacional, etc.).

Claro es que el nuevo pensamiento único y las políticas que él inspira combaten sistemáticamente los derechos específicos que beneficiaban a los trabajadores y las clases populares; ellos se proponen desmantelarlos. Por ésto, el discurso sobre la democracia que el nuevo pensamiento único despliega se vacía de toda realidad, se transforma en retórica hueca. De hecho se substituye a una democracia de ciudadanos organizados, la utopía de la anarquía de derecha. La realidad toma entonces su revancha con la emergencia de la afirmación de las singularidades comunitarias, étnicas y religiosas fundamentalistas, frente a un Estado desprovisto de eficacia y a un mercado desorganizador.

El pensamiento único contemporáneo no tiene porvenir. Síntoma de la crisis, no es la solución del problema sino parte de éste.

Frente al discurso del capitalismo del cual he querido recordar aquí los grandes rasgos a la vez en la expresión de su unidad y en la de sus mutaciones sucesivas, ¿podemos esperar ver recomponerse un discurso anticapitalista coherente y eficaz? No trataré de responder aquí a esta pregunta que sale de nuestro tema. Diré solamente que el discurso anticapitalista es verdaderamente radical cuando se ataca a los caracteres fundamentales permanentes del capitalismo, es decir, en primer lugar, a la alienación economicista. Allí estaba, en mi opinión, el sentido del proyecto de Marx.

Por otra parte, discursos parcialmente antisistémicos (anticapitalistas) han sido desarrollados en el curso de la historia real de los dos últimos siglos, los cuales han demostrado una eficacia segura, a pesar de sus límites. Sin ellos, ni la social democracia occidental, ni el socialismo de Estado del Este, ni el proyecto de liberalización nacional del Sur, hubiesen podido existir e imponer al capital dominante los compromisos históricos que los han obligado a ajustarse a las exigencias

de los trabajadores y de los pueblos formuladas en estos tres discursos. El modelo alternativo soviético procedía de este tipo de crítica no radical del capitalismo y, por esta razón, ha producido en los hechos un “capitalismo sin capitalistas”. Pero aquí también, como siempre, esta evolución no ha sido el producto de una visión teórica particular (aunque fuera calificada de “desviación” con relación a la proposición de Marx), sino el producto de los desafíos reales que las sociedades confrontaban, de las relaciones de fuerza sociales reales que las caracterizaban. Como siempre, la realidad produce su teoría más bien que a la inversa.

Samir Amin

La economía política del Siglo XX²

La plaga de la guerra

“Nosotros, pueblos de las Naciones Unidas, resueltos en preservar las generaciones futuras de la plaga de la guerra (...) y a instituir métodos que garanticen que no se hará uso de la fuerza de las armas, excepto en interés común, (...) decidimos asociar nuestros esfuerzos para realizar estas intenciones”.

Preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas

La belle époque

El siglo XX llegó a su fin en una atmósfera asombrosamente parecida a la que había presidido su nacimiento durante la belle époque (que fue hermosa, al menos para el capital). El coro burgués de los poderes europeos, EEUU y Japón (en 1910 la “tríada” ya constituía un grupo que se hacía notar) entonaba himnos a la gloria de su triunfo definitivo. Las clases trabajadoras del centro ya no eran las “clases peligrosas” que habían sido durante el siglo XIX y los otros pueblos del mundo eran llamados a aceptar la “misión civilizadora” de Occidente.

La belle époque coronó un siglo de transformaciones globales radicales, marcadas por la emergencia de la primera revolución industrial y la formación del moderno estado nacional burgués. El proceso se extendió desde el cuarto nor-occidental de Europa y conquistó al resto del continente, EEUU y Japón. Las viejas periferias de la edad mercantilista (América Latina y las Indias orientales inglesas y holandesas) quedaron excluidas de la revolución dual, mientras los viejos Estados de Asia (China, el Sultanato otomano y Persia) eran integrados como periferias en la nueva globalización. El triunfo de los centros del

capital globalizado se afirmó sobre un rápido crecimiento demográfico, que hizo rebasar a la población europea del 23 por ciento del total mundial en 1800 al 36 por ciento en 1900. Al mismo tiempo, la concentración de la riqueza industrial en la tríada, creó una polarización de la riqueza en una escala desconocida para la humanidad a todo lo largo de su historia. En las vísperas de la revolución industrial, la desproporción en la productividad social entre el quinto más productivo de la humanidad y el resto, nunca excedió de una proporción de dos a uno. Hacia 1900, la proporción era de veinte contra uno.

La globalización que se celebraba en 1900, ya entonces llamada “el fin de la historia”, era sólo un hecho reciente, que emergió durante la segunda mitad del siglo XIX. Las aperturas de China y del Imperio otomano en 1840, la represión de los sepoys (cipayos) de la India en 1847 y la división de África que comenzó en 1885, marcaron los pasos sucesivos en este proceso. La globalización, lejos de acelerar el proceso de acumulación de capital (un proceso distintivo al que no puede reducirse), provocó una crisis estructural entre 1873 y 1896. Casi exactamente un siglo después ha regresado la globalización por el mismo camino otra vez. La crisis de fines del siglo XIX fue acompañada por una nueva revolución industrial (la electricidad, el petróleo, los automóviles, el aeroplano) que se esperaba transformaría a la especie humana. El discurso era más o menos el mismo que se repite hoy en relación con la electrónica. En forma paralela se crearon los primeros oligopolios industriales y financieros, las corporaciones transnacionales (CTN) de la época. La globalización financiera parecía consolidarse de una manera estable (y fue pensada como eterna, una creencia contemporánea que nos es familiar) en la forma del Gold Sterling Standard (el patrón oro).

La internacionalización de las transacciones que se hacían posibles por las nuevas bolsas de valores, era acogida con el mismo entusiasmo que acompaña hoy las conversaciones sobre la globalización financiera. Julio Verne enviaba

² Traducción del texto publicado en inglés por Monthly Review, vol. 52, N°2, junio de 2000.

entonces a su héroe (inglés, por supuesto) alrededor del mundo en ochenta días. Con esto mostraba que “la aldea global” era ya una realidad.

La economía política del siglo XIX fue dominada por las figuras de los grandes clásicos, Adam Smith, Ricardo y luego Marx con su crítica devastadora. El triunfo de la globalización de fin-desiècle llevó a un primer plano a una nueva generación “liberal”, deseosa de probar que el capitalismo era “insuperable” ya que expresaba las demandas de una racionalidad eterna y transhistórica.

Walras, una figura central en esta nueva generación (cuyo descubrimiento por los economistas contemporáneos no es una coincidencia), hizo todo lo que pudo para probar que los mercados se regulaban solos. Walras tuvo tan poco éxito para probar sus tesis en aquel entonces como los economistas neoclásicos de nuestros días.

La ideología del liberalismo triunfante reducía a la sociedad a una mera multiplicación de individuos. Luego, siguiendo esta reducción, se afirmaba que el equilibrio producido por el mercado constituía el óptimo social y garantizaba la estabilidad política y la democracia.

Todo estaba preparado para sustituir una teoría del capitalismo imaginario por un análisis de las contradicciones en el capitalismo real. La versión vulgar de este pensamiento social economicista encontraría su expresión en los manuales del británico Alfred Marshall, la Biblia de la economía de aquella época. Las promesas del liberalismo globalizado, como eran entonces desparramadas a los cuatro vientos, parecían hacerse realidad por un instante durante la belle époque.

A partir de 1896 el crecimiento se reinició otra vez sobre las nuevas bases de una segunda revolución industrial, los oligopolios y la globalización financiera. Esta “salida de la crisis” entusiasmó enormemente a los ideólogos orgánicos del capitalismo -los nuevos economistas - pero estremeció a un movimiento obrero atemorizado. Los partidos socialistas comenzaron a deslizarse de sus

posiciones reformistas a más modestas ambiciones, a ser simples asociados en la administración del sistema. Este giro propio de inicios del siglo XX fue muy similar a lo que encontramos hoy en el discurso de Tony Blair y Gerhard Schroeder. Las elites modernistas de la periferia también creyeron que no existían alternativas imaginables fuera de la lógica dominante del capitalismo.

El efímero triunfo de la belle époque, duró menos de dos décadas. Unos pocos dinosaurios, aún jóvenes en ese tiempo (por ejemplo, Lenin), predecían su caída, pero nadie los oía. El liberalismo, o el intento de poner en práctica la utopía del “mercado libre” individualista - que en los hechos es la dominación unilateral del capital - no podía reducir la intensidad de las contradicciones de todo tipo que caracterizaban el sistema. Por el contrario, las hacía más agudas. Detrás de los alegres himnos que coreaban los partidos obreros y los sindicatos, a medida que se movilizaban a favor de una causa sin sentido de la utopía capitalista, uno podía escuchar el rumiar de un en torno a la invención de nuevas alternativas. Unos pocos intelectuales bolcheviques utilizaban sus dotes para el sarcasmo con respecto al discurso narcotizado de la “política económica del rentista”.

Así describían el “pensamiento único” de principios de siglo XX. Eran las reglas hegemónicas del pensamiento del “libre mercado”. La globalización liberal sólo podía engendrar la militarización de las potencias capaces de desatar una guerra que, en sus formas frías o calientes, habría de durar más de treinta años, de 1914 a 1945.

Tras la aparente calma de la belle époque era posible discernir el ascenso de las luchas sociales y de violentos conflictos domésticos e internacionales. En China, la primera generación de críticos al proyecto de modernización burguesa estaban abriendo un sendero. La crítica - todavía en un estadio incipiente en la India, el Imperio otomano, el mundo árabe y América Latina - habría finalmente de conquistar los tres continentes y dominar gran parte del siglo veinte.

La guerra de los Treinta Años (1914-1945)

Entre 1914 y 1945 el escenario fue dominado simultáneamente por dos procesos. Por un lado, la guerra de los Treinta Años entre EEUU y Alemania. Estaba en juego la sucesión de la difunta hegemonía inglesa. Por el otro, los intentos por contener y controlar - por todos los medios posibles - la alternativa de hegemonía presentada por el proyecto de construcción del socialismo en la Unión Soviética.

En los centros capitalistas, tanto los victoriosos como los vencidos en la guerra de 1914 a 1918, se abocaron - contra todos los cálculos - a restaurar la utopía del liberalismo globalizado. Se regresó al Gold Standard, se intentó mantener el orden colonial a través de la violencia y se volvió a liberalizar la dirección económica, regulada durante los primeros años de la guerra. El resultado pareció positivo por un breve período y en la década de 1920 se pudo observar un crecimiento renovado, empujado por el dinamismo de la nueva economía de producción de autos en masa en EEUU y el establecimiento de nuevas formas de trabajo de ensamblaje en línea (parodiada tan brillantemente por Chaplin en Los tiempos modernos). El experimento tuvo escaso espacio para generalizarse, aún en el corazón de los países capitalistas, hasta después de la segunda guerra mundial. La restauración liberal de la década de 1920 fue frágil, y colapsó en 1929, cuando se perdió confianza en el sustento financiero del sistema.

La siguiente década, que se enderezaba hacia la guerra, fue una pesadilla. Los grandes poderes reaccionaron frente a la recesión como lo harían en las décadas de 1980 y 1990, con políticas deflacionarias sistemáticas. Sólo sirvieron para agravar la crisis, creando una espiral descendente caracterizada por el desempleo masivo, tanto más trágico para sus víctimas ya que los amparos del Estado de bienestar todavía no existían.

La globalización liberal no pudo frente a la crisis de la década de 1930 y el sistema basado en el oro tuvo que ser abandonado. Los poderes de la época se reagruparon en el marco de

imperios coloniales y en zonas de influencia protegidas, creando las fuentes de todos los conflictos que desembocarían en la segunda guerra mundial. Las respuestas de las sociedades occidentales a los cambios fueron distintas.

Algunas saltaron a los brazos del fascismo, eligiendo la guerra como un medio de rehacer el tablero a escala global (Alemania, Italia, Japón). EEUU y Francia fueron la excepción y, a través del New Deal del presidente Roosevelt y del Frente Popular en Francia, respectivamente, lanzaron una opción diferente a través de una intervención activa del Estado, respaldada por las clases trabajadoras. Estas fórmulas, sin embargo, permanecieron tímidas y su expresión más plena sólo entró en plena vigencia después de 1945.

En las periferias, el colapso de los mitos de la belle époque gatilló una radicalización antimperialista. Algunos países en América Latina, sacando ventaja de su independencia, inventaron nacionalismos populistas en una variedad de formas. En México se impuso la revolución campesina en las décadas de 1910 y 1920. En Argentina apareció el peronismo en la década de 1940. En el Oriente, el kemalismo turco fue su contrapartida. Tras la revolución de 1911, China fue asaltada por una larga guerra civil entre los modernistas burgueses -el Kuo Ming Tang- y los comunistas. En todos lados, el yugo colonial impuso un plazo de varias décadas para la cristalización de similares proyectos nacional-populistas.

Aislada, la Unión Soviética intentó inventar una nueva trayectoria. Durante la década de 1920 se promovió la consigna de la revolución global. Forzada a retroceder hacia sus propias fuerzas, la Unión Soviética siguió una serie de planes quinquenales que intentaban permitirle ganar el tiempo perdido. Lenin ya había definido ese curso como “poder soviético más electrificación”.

La referencia aquí era una nueva revolución industria donde la electricidad jugaría el papel central y no necesariamente el carbón y el acero. Pero “la electrificación” (de hecho, principalmente carbón y acero) habría de

ganarle la mano al poder de los soviets, que terminó vacío de contenido.

Esta acumulación centralizada fue, por supuesto, administrada por un estado despótico, sin considerar en esto el populismo social que caracterizaba sus políticas. Pero hacia entonces, ni la unidad alemana ni la modernización japonesa, habían sido el trabajo de demócratas. El sistema soviético fue eficiente tanto tiempo como los fines siguieron siendo simples: acelerar la acumulación extensiva (la industrialización del país) y construir una fuerza militar que fuera la primera en ser capaz de enfrentar el reto del adversario capitalista, derrotando a la Alemania nazi y luego poniendo fin al monopolio americano sobre las armas atómicas y los misiles balísticos durante la década de 1960.

Después de la guerra: Crecimiento acelerado (1945-1970) a crisis (1970-2000)

La segunda guerra mundial inauguró una nueva fase en el sistema mundial. La expansión del período de posguerra (1945 - 1975) descansó sobre tres proyectos de la época, cada uno estabilizaba y complementaba a los otros. Estos tres proyectos sociales eran: a) en el Occidente, el Estado de bienestar social demócrata, proyecto basado en la eficiencia de sistemas nacionales productivos interdependientes. b) el “Proyecto Bandung” que contemplaba la construcción de burguesías nacionales en la periferia del sistema (ideología desarrollista). c) El proyecto de estilo soviético de “capitalismo sin capitalistas”, que existía con una relativa autonomía con respecto al sistema mundial dominante. La doble derrota del fascismo y del viejo colonialismo creó una coyuntura que le permitió a las clases populares, víctimas de la acumulación capitalista, imponer formas estables aunque limitadas a la formación y regulación del capital. Las nuevas reglas, a las cuales el mismo capital debió ajustarse, se establecieron como condiciones básicas en este período de alto crecimiento y de acumulación acelerada.

La crisis que siguió (entre 1968 y 1975) fue una de erosión y luego colapso de los sistemas

sobre los cuales previamente se había impulsado la expansión. Este período, que todavía no se cierra, no se caracteriza por el establecimiento de un nuevo orden, como se sostiene muy a menudo. Más bien este período se caracteriza por el caos que aún no se supera. Las políticas que se están ejecutando actualmente no constituyen una estrategia para promover la expansión del capital. Se trata simplemente de administrar la crisis del capital. Las políticas no han tenido éxito ya que el proyecto “espontáneo” producido por las fuerzas activas y no mediadas del capital, en la ausencia de todo marco provisto por fuerzas sociales a través de reacciones coherentes y eficientes, es todavía una utopía. Los intereses a corto plazo de las fuerzas dominantes del capital, o si se prefiere el “mercado”, aún no logran crear una administración mundial con capacidad para eliminar las contradicciones.

En la historia moderna, las fases de reproducción basadas en sistemas de acumulación estables son sucedidas por períodos de caos. En la primera de esas fases, como en el crecimiento de la posguerra, la sucesión de eventos da la impresión de una cierta monotonía, ya que las relaciones sociales e internacionales se han estabilizado. Estas relaciones son entonces reproducidas a través del funcionamiento de la dinámica del sistema. En estas fases de estabilidad - y para completar la confusión entre todos los “individualistas metodológicos”- son plenamente visibles los sujetos sociohistóricos precisos, definidos y activos (clases sociales activas, Estados, partidos políticos y organizaciones sociales dominantes). Sus prácticas parecen formar una pauta clara y sus reacciones son predecibles en la mayoría de los casos. Además, las ideologías que los motivan les ofrecen una legitimidad incontestable.

En esos momentos, las coyunturas pueden cambiar, pero las estructuras permanecen estables. Las predicciones son entonces posibles y hasta fáciles. El peligro surge cuando extrapolamos demasiado lejos estas predicciones, como si las estructuras en cuestión fueran eternas y estuvieran marcadas por “el fin de la historia”. El análisis de las

contradicciones que enigmatizan estas estructuras se reemplaza entonces por lo que los posmodernistas han llamado correctamente “grandes narrativas”, “las leyes de la historia”. Los sujetos de la historia desaparecen, dando lugar a una supuesta lógica objetiva estructural.

Pero las contradicciones a que nos referimos hacen su trabajo silenciosamente y un día las estructuras “estables” colapsan. La historia entra entonces en una fase que podría ser descrita más tarde como de transición, pero que es vivida como una transición hacia lo desconocido, durante la cual cristalizan lentamente nuevos sujetos históricos. Estos sujetos inauguran nuevas prácticas, procediendo mediante pruebas y errores, y se legitiman a través de nuevos discursos ideológicos, a menudo muy confusos al principio.

Solamente cuando los procesos de cambio cualitativo han madurado suficientemente, aparecen nuevas relaciones sociales, definiendo sistemas pos-transición que son capaces de autoreproducción sostenida.

La expansión de la posguerra permitió transformaciones económicas, políticas y sociales en todas las regiones del mundo. Estas transformaciones fueron el producto de regulaciones impuestas al capital por las clases trabajadoras y populares. No fueron el producto (y aquí la ideología liberal es demostrada como falsa) de una lógica de la expansión del mercado.

Pero estas transformaciones fueron tan grandes que, a pesar de los procesos de desintegración de que somos objeto en la actualidad, definieron un nuevo marco para los retos que enfrentan los pueblos del mundo actualmente, en los umbrales del siglo XXI. Por un largo tiempo - desde la revolución industrial a comienzos del siglo XIX hasta la década de 1930 (en la Unión Soviética) o hasta la década de 1950 (en el Tercer Mundo) -el contraste entre el centro y las periferias del moderno sistema mundial fue casi idéntico a la oposición entre países industriales y no industrializados. Las rebeliones en las periferias -y en este respecto las revoluciones socialistas en Rusia y

en China y los movimientos de liberación nacional- revisaron este esquema al empalmar sus sociedades en los procesos de modernización. Aparecieron las periferias industrializadas y la vieja polarización se revisó. Pero luego una nueva forma de polarización vio la luz.

Gradualmente, el eje en torno al cual el sistema capitalista se estaba organizando, que definiría las formas futuras de la polarización, se constituía sobre la base de los “cinco nuevos monopolios” en poder de los países de la tríada dominante.

Estos cinco monopolios son:

- el control de la tecnología,
- los flujos financieros globales (a través de bancos, carteles de aseguradoras y fondos de pensión del centro),
- acceso a los recursos naturales del planeta,
- los medios de comunicación y
- las armas de destrucción masiva.

Tomados en conjunto, estos cinco monopolios definen el marco dentro del cual la ley del valor globalizado se expresa a sí mismo. La ley del valor es escasamente la expresión de una “pura” racionalidad económica que puede ser separada de su marco social y político.

La ley del valor es más bien la expresión condensada de la totalidad de esas circunstancias. Son estas circunstancias -en vez del cálculo “racional” de decisiones individuales míticas hechas por el mercado- las que cancelan la extensión de la industrialización hacia las periferias, devalúan el trabajo productivo incorporado en esos productos, o sobrevalúan el supuesto valor agregado unido a las actividades a través de las cuales operan los nuevos monopolios para el beneficio de los centros. Por eso ellos producen una nueva jerarquía en la distribución del ingreso a escala mundial, más desigual que nunca, colocando en una situación subalterna a las industrias de la periferia. La polarización encuentra aquí una nueva base, la base que dictará su forma futura.

La industrialización que las fuerzas sociales, energizadas por las victorias de la liberación nacional, imponían al capital dominante, produjo resultados desiguales. En la actualidad, podemos diferenciar las periferias de primera línea, que fueron capaces de construir sistemas nacionales productivos con industrias potencialmente competitivas dentro del marco del capitalismo globalizado, de aquellas periferias marginales, que no fueron tan exitosas. El criterio que separa las periferias activas de las marginales no está sólo en la presencia de industrias potencialmente competitivas. La diferencia es también política.

Las autoridades políticas en las periferias activas - y detrás de ellas, toda la sociedad (incluyendo sus contradicciones) - tienen un proyecto y una estrategia para su realización. Este es claramente el caso de China, Corea y, en un menor grado, de algunos países del sudeste de Asia, India y ciertos países de América Latina. Estos proyectos nacionales se enfrentan con el imperialismo globalmente dominante. El resultado de esta confrontación contribuirá a dar su forma al mundo de mañana.

Por otro lado, las periferias marginales no tienen proyecto ni estrategia (aunque la retórica política del islam diga lo contrario). En este caso, los círculos imperialistas “piensan por ellos” y toman la iniciativa solos en la elaboración de “proyectos” que conciernen a estas regiones (como las asociaciones africanas de la Comunidad Europea, los “proyectos para el Medio Oriente” de EEUU e Israel, y los vagos esquemas europeos para el Mediterráneo). Ninguna fuerza local ofrece oposición alguna, estos países son por ellos sujetos pasivos de la globalización.

Esta breve visión de conjunto de la economía política de la transformación del sistema capitalista global en el siglo XX, debe incluir un recordatorio acerca de la sorprendente revolución demográfica que ha ocurrido en la periferia. La proporción de la población global formada por las poblaciones de Asia (excluyendo a Japón y a la Unión Soviética), África, América Latina y el Caribe representaba el 68 por ciento del total en 1900. Actualmente, aglutina el 81 por ciento.

El tercer socio en el sistema mundial de la posguerra, que comprendía a los países donde “actualmente se da el socialismo existente”, ha abandonado la escena histórica. La misma existencia del sistema soviético, con sus éxitos en cuanto a industrialización extensiva y logros militares, fue uno de los principales motores de todas las grandes transformaciones del siglo veinte. Sin el “peligro” que representaba el modelo comunista, nunca la socialdemocracia de Occidente habría sido capaz de imponer el Estado de bienestar. La existencia del sistema soviético y la coexistencia que le impuso a EEUU, reforzó también el margen de autonomía a disposición de las burguesías en el sur. Sin embargo, el sistema soviético, no pudo pasar a un nuevo estadio de acumulación intensivo. Finalmente, fracasó en la nueva revolución industrial (dirigida por las computadoras) con la que terminó el siglo XX. Las razones de este fracaso son complejas. Este fracaso nos obliga a colocar en el centro de nuestro análisis el giro no democrático del poder soviético, que fue al final incapaz de internalizar la urgencia fundamental que demandaban las condiciones que enfrentaba. Me refiero al progreso hacia el socialismo, representado por la intensificación de la democratización de la economía y de la sociedad que fuera capaz de trascender las condiciones definidas y limitadas por los marcos del capitalismo histórico. El socialismo será democrático o no podrá existir. Esta es la lección de la primera experiencia que arroja el romper con el capitalismo.

El pensamiento social y las teorías dominantes en economía, sociología y política, que legitimaban las prácticas de los Estados nacionales, de los Estados de bienestar autocentrados en Occidente, de los sistemas soviéticos en el Este y del populismo en el Sur, se inspiraban extensamente en Marx y en Keynes. Las nuevas relaciones sociales del período de posguerra, más favorables al trabajo, inspirarían las prácticas del Estado de bienestar, relegando a las liberales a posiciones de insignificancia. Por supuesto, la figura de Marx dominaba el discurso del “socialismo real”. Pero las dos figuras preponderantes del siglo veinte gradualmente perdieron su

cualidad como iniciadores de críticas fundamentales, convirtiéndose en mentores de la legitimación de prácticas del poder del Estado. En ambos casos, hubo un vuelco hacia la simplificación y el dogmatismo.

El pensamiento social crítico se movió, entonces, durante las décadas de 1960 y 1970 hacia la periferia del sistema. Aquí las prácticas del populismo nacionalista - una versión empobrecida del soviétismo - provocaron una brillante explosión en la crítica del “socialismo real”. En el centro de esta crítica había una nueva advertencia sobre la polarización creada por la expansión global del capital, que había sido subestimada y, a veces, ignorada desde hacía un siglo y medio. Esta crítica - del capitalismo realmente existente, del pensamiento social que legitimaba su expansión y de la crítica socialista de ambos - está en el origen de la entrada de la periferia en el pensamiento moderno. Aquí hay una crítica rica y variada -que sería un error reducir a la “teoría de la dependencia” - ya que el pensamiento social reabrió debates fundamentales sobre el socialismo y sobre la transición hacia él. Más aún esta crítica revivió el debate sobre el marxismo y el materialismo histórico, entendiendo desde el principio la necesidad de trascender los límites del eurocentrismo que venía dominando al pensamiento moderno. El pensamiento social crítico inspirado, sin duda, por la erupción maoísta, inició también la crítica tanto del soviétismo como del nuevo globalismo que se alzaba en el horizonte.

La crisis de fin-de-siècle

El colapso de los tres ejes sobre los cuales descansaba la regulación de la acumulación durante la posguerra, que tomó impulso entre 1968 y 1971, se abrió hacia la crisis estructural del sistema, de una manera que recuerda lo que ocurrió a fines del siglo XIX. Las tasas de crecimiento y de inversión cayeron verticalmente (a la mitad de sus niveles previos), el desempleo creció brutalmente y la pauperización se intensificó. El 20 por ciento más rico de la humanidad aumentó su tajada del

producto global del 60 al 80 por ciento en las dos últimas décadas de este siglo. La globalización fue afortunada cosa para algunos. Sin embargo, para la gran mayoría - especialmente para los pueblos del Sur sujetos a políticas de ajustes estructurales unilaterales y los del Este, encerrados en una dramática demolición social - fue un desastre.

La actual crisis estructural, como su predecesora, es acompañada por una tercera revolución tecnológica, que altera profundamente los modos de organización del trabajo que enfrenta un fiero ataque del capitalismo global. El movimiento social fragmentado no ha encontrado aún la fórmula suficientemente fuerte para enfrentar los retos que se le plantean. Pero ha realizado importantes logros en direcciones que enriquecen su impacto: principalmente, el poderoso ingreso de las mujeres en la vida social, así como la conciencia sobre la destrucción ambiental en una escala que, por primera vez en la historia, amenaza a todas las formas altamente organizadas de vida en el planeta. Así, a medida que el centro capitalista de los “cinco monopolios” entra en escena, un movimiento social global multipolar alternativo emerge (como contrapeso y como sucesor).

La administración de la crisis, basada en una brutal reversión de las recetas del “libre mercado”, trata de imponerse de nuevo. Marx y Keynes han sido borrados del pensamiento social y los “teóricos” de la “economía dura” han reemplazado el análisis del mundo real con el del capitalismo imaginario. Pero el éxito temporal de este pensamiento utópico ultra-reaccionario simplemente es el síntoma de su declinación -cuando la brujería ocupa el lugar de la racionalidad-que viene a testimoniar que en los hechos el capitalismo objetivamente está pronto para ser transcendido.

La crisis de administración del capitalismo ya comenzó a entrar en su fase de colapso. Las crisis del sudeste de Asia y de Corea eran predecibles. Durante la década de 1980 esos países y China se beneficiaron de la crisis global incrementando su comercio internacional, sobre la base de sus “ventajas

comparativas”: el trabajo barato. Fueron capaces de atraer inversiones extranjeras pero sin ser absorbidos por la globalización financiera. En los casos de China y Corea incorporaron sus proyectos de desarrollo en una estrategia nacionalmente controlada.

En la década de 1990, Corea y el sudeste de Asia se abrieron a la globalización financiera, mientras que China e India comenzaban a orientarse en la misma dirección. Atraídos por los altos niveles de crecimiento de la región, el excedente de capitales flotantes se movió en esa dirección, produciendo un acelerado crecimiento pero también inflación en los valores (stocks) y en la propiedad raíz. Como se predijo, la burbuja financiera estalló poco después.

La reacción política a esta crisis masiva fue novedosa en varios aspectos -por ejemplo, diferente a la provocada por la crisis mexicana. EEUU, con Japón siguiéndole de cerca, intentó tomar ventajas de la crisis de Corea, para dismantelar el sistema productivo del país (bajo el pretexto falaz de que era controlado oligopólicamente) y subordinarlo a las estrategias de los oligopolios de EEUU y de Japón. Los poderes nacionales intentaron resistir desfasando el problema de su inserción en la globalización financiera mediante el restablecimiento de controles a los intercambios en Malasia o retirando la participación inmediata de su lista de prioridades en China e India. Este colapso de la dimensión financiera de la globalización forzó a los países del G7 (el grupo de los siete países capitalistas más avanzados) a planear una nueva estrategia, esta vez provocando una crisis en el pensamiento liberal.

Es a la luz de esta crisis que debemos examinar en sus líneas generales el contraataque lanzado por el G7. De la noche a la mañana cambiaron su tono: el término “regulación”, prohibido hasta entonces, reapareció en las resoluciones del grupo. Había llegado a ser necesario “regular los flujos financieros internacionales”. Joseph Stiglitz, principal economista del Banco Mundial en ese tiempo, sugería un debate para definir un nuevo “consenso post-Washington”. Pero esto ya era demasiado para los portavoces

de la hegemonía de EEUU y el secretario del Tesoro, Lawrence Summers, buscó la fórmula para deshacerse de Stiglitz.

Los ataques a la hegemonía de EEUU. El siglo XXI no será norteamericano

En esta caótica coyuntura, una vez más, EEUU tomó la ofensiva para restablecer su hegemonía global y, en consecuencia, organizar el sistema mundial a su medida económica, política y militar. ¿Es que la hegemonía de EEUU había entrado en declinación? ¿O es que comenzaba a establecer una renovación que haría del siglo XXI un siglo norteamericano?

Si examinamos la dimensión económica en su sentido estrecho, en términos del producto interno bruto (PIB) y medimos las tendencias estructurales de la balanza comercial, concluiríamos que la hegemonía americana, tan aplastante en 1945, ha cedido terreno desde las décadas de 1960 y 1970 con el resurgimiento de Japón y Europa. Los europeos lo dicen continuamente, en términos que ya son familiares: la Unión Europea es la primera fuerza económica y comercial a escala mundial. La declaración, sin embargo, es algo apresurada. Aún cuando es verdad que existe un mercado europeo único y que se asoma una moneda única, lo mismo no se puede decir de la economía europea (al menos no todavía). Aún no existe algo que pueda llamarse “sistema productivo europeo”. En cambio, se puede hablar de un sistema productivo en el caso de EEUU. Las economías establecidas en Europa con la constitución de burguesías históricas en países relevantes y la configuración en este marco de sistemas productivos nacionales autocentrados (aún cuando sean abiertos con elementos agresivos), han permanecido más o menos iguales en las últimas décadas. Todavía no hay corporaciones transnacionales (CTN) europeas, sólo hay británicas, alemanas o francesas. La interpenetración del capital no es más densa en las relaciones inter-europeas que en las relaciones entre cada nación europea y EEUU o Japón. Si los sistemas productivos europeos han sido horadados y si la “interdependencia globalizada” los ha debilitado de tal manera que las políticas

nacionales han perdido mucho de su eficacia, esto favorece la globalización y las fuerzas que la dominan (EEUU) y no la “integración europea” que no existe todavía.

La hegemonía de EEUU descansa sobre un segundo pilar: el poder militar. Levantado desde 1945, el poderío militar norteamericano ahora cubre todo el planeta, parcelado en regiones, cada una con un comando de operaciones. En el pasado, la hegemonía norteamericana era forzada a aceptar la coexistencia pacífica impuesta por el poder militar soviético. Ahora, se ha dado vuelta a esa página y EEUU se ha ido a la ofensiva en el reforzamiento de su dominio global.

Henry Kissinger resumió la coyuntura en una frase memorable y arrogante: “La globalización es solo otra palabra para designar el dominio de EEUU”. Esta estrategia global norteamericana tiene cinco objetivos:

1. neutralizar y subyugar a las otras partes de la tríada (Europa y Japón), minimizando su habilidad para actuar fuera de la órbita de EEUU,
2. establecer el control militar de la OTAN mientras se “latinoamericanizan” los fragmentos del antiguo mundo soviético,
3. ejercer absoluta influencia sobre el Medio Oriente y el Asia central, especialmente sobre los recursos petroleros,
4. dismantelar China, asegurando la subordinación de las otras grandes naciones (India y Brasil) previniendo la constitución de bloques regionales capaces de negociar los términos de la globalización y
5. marginar las regiones del sur que carecen de interés estratégico.

El instrumento favorito de esta hegemonía es el instrumento militar, como los más altos representantes de EEUU no se cansan en repetir. Esta hegemonía, que garantiza la superioridad de la tríada sobre el sistema mundial, exige que los aliados de EEUU estén de acuerdo en seguir todas sus iniciativas. Gran Bretaña, Alemania y Japón no ponen

objeciones (ni aún culturales) a este imperativo. Pero esto significa que los discursos acerca del poder económico de Europa (con los que los políticos europeos empapan a sus audiencias) carecen de significado real. Al posicionarse exclusivamente en el terreno de las disputas mercantiles, Europa (que no tiene proyectos propios en lo político ni en lo social) ha perdido la carrera antes de la partida. Washington lo sabe bien.

El cuerpo principal para la realización de la estrategia elegida por Washington es la OTAN, lo que explica por qué ha sobrevivido al colapso del adversario que constituía la *raison d'être* de la organización. La OTAN todavía habla en nombre de “la comunidad internacional”, a pesar del desagrado que le provoca el principio democrático que gobierna a esta comunidad a través de las Naciones Unidas. La OTAN actúa sólo para servir los objetivos de Washington - nada más ni nada menos - como lo demuestra la historia de la pasada década, desde la guerra del Golfo a Kosovo.

La estrategia empleada por la tríada, bajo la dirección de EEUU, tiene como objetivo la construcción de un mundo unipolar organizado según dos principios complementarios: la dictadura unilateral del capital CTN dominante y el despliegue del poderío militar de EEUU, ante quien todas las naciones estarán obligadas a someterse. Ningún otro proyecto puede tolerarse bajo esta perspectiva. El proyecto europeo de aliados subalternos en la OTAN no tiene vuelo autónomo. Tampoco es viable un proyecto que permita algún grado de autonomía a China. Cualquier intento en esta dirección sería quebrado por la fuerza si es necesario.

Esta visión de un mundo unipolar está siendo cuestionada por una alternativa de globalización multipolar. Sería la única estrategia que podría permitir a las diferentes regiones del mundo alcanzar un desarrollo social aceptable, capaz de albergar la democratización social y la reducción de los motivos de conflicto. La estrategia hegemónica de EEUU y de sus aliados de la OTAN es hoy la principal enemiga del progreso, de la democracia y de la paz.

El siglo XXI no será un siglo americano. Será un siglo de conflictos, del ascenso de las luchas sociales que cuestionarán las ambiciones de Washington y del capital. La crisis está exacerbando las contradicciones entre las clases dominantes. Estos conflictos cobrarán dimensiones internacionales cada vez más agudas y empujarán a los Estados y grupos de Estados unos contra otros. Ya se pueden distinguir los primeros indicios de un conflicto entre EEUU, Japón y su fiel aliado australiano, por un lado, y China y otros países asiáticos, por el otro. No es difícil prever el renacimiento del conflicto entre EEUU y Rusia, si esta última logra liberarse de la espiral desintegradora donde la arrojaron Boris Yeltsin y sus “consejeros” norteamericanos.

Si la izquierda europea se libera de la sumisión a los dobles dictados del capital y de Washington, sería posible imaginar que una nueva estrategia europea pudiera enlazarse con las de Rusia, China, India y el Tercer Mundo en general, en un esfuerzo necesario por una construcción multipolar. Si esto no llega a ocurrir, el proyecto europeo en sí mismo se desvanecerá.

Por eso, la cuestión central es cómo los conflictos y las luchas sociales (es importante diferenciar entre ambos) se podrán articular. ¿Quién triunfará? ¿Las luchas sociales se subordinarán, enmarcadas en los conflictos, y por ello serán controladas por los poderes dominantes, y aun convertidas en instrumentos en beneficio de esos poderes? ¿O las luchas sociales superarán su autonomía y forzarán a los poderes mayores a responder a sus urgentes demandas?

Por supuesto, no imagino que los conflictos y las luchas del siglo XXI puedan reproducir las experiencias del siglo anterior. La historia no se repite de acuerdo a un modelo cíclico. Hoy las sociedades enfrentan nuevos retos en todos los niveles.

Pero precisamente dado que las contradicciones inmanentes del capitalismo se han hecho más agudas al finalizar el siglo de lo que eran en sus comienzos, y porque los medios de destrucción son también mucho más grandes, las

alternativas para el siglo XXI son (más que nunca antes) “socialismo o barbarie”.

In Memoriam: Samir Amin

- August 13, 2018

IDEAs network mourns the loss of the celebrated Marxist thinker Samir Amin, who was also a Member of our Advisory Board. Samir Amin's razor-sharp intellect, penetrating analysis, strong anti-imperialism and conviction in the importance of third world solidarity as well as his deep and continuous commitment to progressive causes around the world, will continue to remain an inspiration for us.

We publish below an obituary by Prabhat Patnaik and Jayati Ghosh.



SAMIR AMIN (1931-2018) **Prabhat Patnaik**

Samir Amin, the renowned Marxist thinker and economist, passed away on August 13 in Paris. Born in Cairo on September 3, 1931, to an Egyptian father and a French mother, he had his initial education in Egypt before moving to Paris where he obtained his doctorate in Political Economy. Drawn to the cause of socialism from his student days he soon became a member of the Egyptian Communist Party. Between 1957 and 1960 he worked at the Institute for Economic Management in Cairo, before Nasser's growing repression of the Communists drove him out of Egypt. He eventually settled down in Dakar, Senegal, first as the Director of the UN African Institute of Economic Development and Planning and later as the Director of the African Office of the Third World Forum.

Two characteristics set Samir Amin apart from most other Marxist intellectuals of his time. One was his total and absolute commitment to praxis for the cause of socialism. He was not a mere arm-chair theorist who used Marxist tools to analyze the

contemporary reality as a form of detached intellectual activity. He was on the contrary a passionately-committed activist, for whom intellectual activity was quintessentially an aid to praxis. He was forever trying to organize fellow-activists for making effective interventions to bring about change, and was closely associated with real movements, both the Communist movement in Senegal and also several NGO movements, all of whom looked up to him for help and guidance.

The second characteristic was the centrality he accorded to imperialism in his Marxist analysis, which is so different from what one normally finds both among first world Marxists (with rare exceptions like the *Monthly Review* group) and also among many third world Marxists who, oddly, see in neo-liberal globalization a withering away of imperialism. Amin in contrast not only saw imperialism as central to capitalism, but placed it firmly within the framework of the Labour Theory of Value through his theory of unequal exchange for which he is justly celebrated.

The fact that metropolitan capitalism's annexation of the third world had given rise to a process of unequal exchange had been widely recognized. The question however related to the "norm" with respect to which exchange could be described as unequal. Many would, and did, accept the proposition, which followed clearly from Michal Kalecki's analysis, that a *rise* in the "degree of monopoly" within metropolitan capitalism gave rise to a greater squeeze on third world primary commodity producers; but this only made some particular historical date (from which the rise in the degree of monopoly is measured) the norm, or the origin, in relation to which we could locate unequal exchange.

Amin, and other theorists of unequal exchange like Emmanuel, saw the point of departure not as a *date* but as a conceptual position. For Amin unequal exchange was manifest in the fact that the value added over a specific period of time by a unit of simple labour in the periphery was *counted* as less than the value added over a similar period by a unit of simple labour in the metropolis, which was also associated with the fact that the value of labour-power in the periphery was less than that in the metropolis.

It is clear that for Amin it was not unequal exchange *per se* that was conceptually central but the fact of *super-exploitation*. Even if, for instance, the commodities produced by the periphery exchanged against those produced by the metropolis at their

respective amounts of total (i.e. direct and indirect) labour-time embodied, as long as the value of labour-power in the former remained below that in the latter because of the former's massive labour reserves, this super-exploitation will continue; the only difference would be that larger profits would accrue to those who sell the commodities of the periphery (which could well be the MNCs from the metropolis). Central to Amin's perception of imperialism *and* of unequal exchange therefore is this fact of super exploitation of the workers of the periphery.

To critics, among whom was Charles Bettelheim, who argued that the value of labor-power *relative* to labour productivity was *lower* in the metropolis than in the periphery, so that there was no question of any super-exploitation of the workers in the periphery, the obvious answer was that since the two regions produced dissimilar commodities (because of the colonial pattern of international division of labour), the very comparison of labour productivities had to be not in physical but in value terms; and hence any such comparison would already incorporate the effect of unequal exchange. It would be ironical in short if the *effect* of unequal exchange was used to disprove the *fact* of unequal exchange.

This colonial pattern of international division of labour however raises a question with regard to the theory of unequal exchange itself. If the value of labour-power was lower in the periphery than in the metropolis, then why didn't all activities shift from the latter to the former, resulting in a negation of the division of labour where the former was confined largely to the production of primary commodities while the latter produced manufactures?

This question arises even more strongly with regard to the unequal exchange theory of Arghiri Emmanuel, who argued that goods produced by the metropolis and the periphery exchanged against one another at prices of production, *but prices formed on the basis of lower wages in the latter than in the former*. Emmanuel in fact argued that mobility of capital equalized the rates of profit in the two regions even though each continued to remain specialized in its product-mix. The question this raises was: why didn't this mobility of capital obliterate such specialization altogether, with a massive shift of manufacturing itself from the metropolis to the periphery?

This is precisely what is happening to an extent now under globalization, but it still does not remove the difference in the value of labour-power between the

two regions (though their divergent movement has come to a stop, through metropolitan wages ceasing to rise with metropolitan labour productivity). The point here however is that Samir Amin's project was not just to theorize unequal exchange but to look at capitalism as a global system passing through many phases (of which the current globalization is the latest), and to theorize the fact that the labour of the periphery remains super-exploited in all these phases. It was to carry Marx's analysis forward by looking at accumulation on a world scale.

The unambiguous conclusion that emerges from Amin's analysis is the need for the periphery to de-link itself from global capitalism if it is to achieve genuine progress, and nobody to my mind has emphasized the need for such de-linking more strongly and persistently than Amin. Japan, the only country outside the metropolis of that time to succeed in breaking into the ranks of the developed countries, could do so because it was not colonized. No other country has yet succeeded in this effort, though China, because of its background of far-reaching reforms in the Maoist period, is perhaps the only one according to him which has the potential for doing so (unless it is subject to military aggression by the West, a risk which he thought China and post-Soviet Russia faced).

Amin was clear that the current phase of neo-liberal capitalism had reached a dead-end. It was not that capitalism had necessarily reached such a *cul de sac*, but where we go from here, whether towards a new period of capitalist consolidation or towards socialism, would depend upon our praxis. It is for this reason that Amin until almost his last breath was himself actively engaged, and exhorting others to become actively engaged, in revolutionary praxis. He was even suggesting the formation of a new International so that revolutionary praxis across the world could be coordinated.

No account of Amin's life will be complete without a reference to his immense warmth, generosity, and sheer comradeship. His enthusiasm, his laughter, and his remarkable energy for getting people together and pushing them in the quest for revolutionary praxis, was heart-warming, and infectious for anyone who came into contact with him. Talking to him was itself a learning experience, whether one agreed or disagreed: he would take one over a whole gamut of subjects, ranging from post-war France to the Bandung Conference, to the 2008 financial crisis. It was the joy of talking to a Communist who had kept his

faith. He will be sorely missed by legions of friends, comrades and admirers.

Remembering Samir Amin, Who Dedicated Himself to Overcoming Capitalism

Jayati Ghosh

Samir Amin (September 3, 1931-August 12, 2018) was a visionary: someone with his own very strong ideas of what the future should be like, and consumed by the need to mobilise people to work for bringing about such a future. The desirable (though not inevitable) future for him was that of socialism, which required the defeat of imperialism and the overcoming of capitalism. The intense enthusiasm with which he sought to pursue that vision, to the very end of his immensely productive life, was at once obsessive, beguiling and infectious.

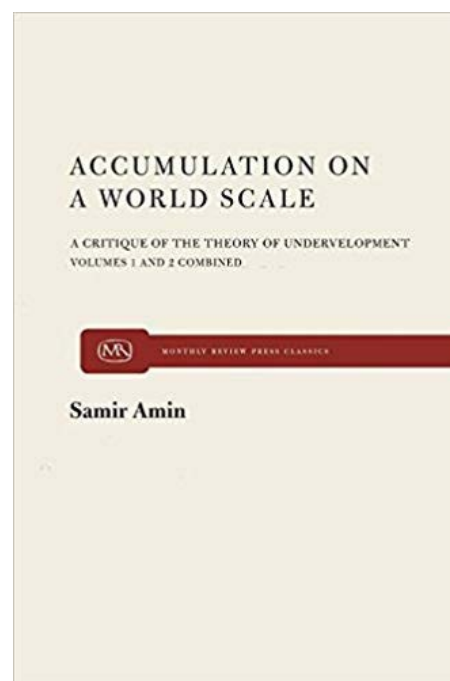
Amin was born in 1931 of Egyptian and French parentage, and was brought up in Port Said in Egypt, but his subsequent education and his own inclinations made him much more cosmopolitan, truly a citizen of the world – or rather of the Third World. Indeed, he self-identified as an African scholar of political economy and was hugely devoted to encouraging and developing rigorous intellectual life in that continent.

His early professional experiences were clearly crucial in developing that orientation. Already in secondary school he considered himself a communist, and he was a member of the French Communist Party as a student in Paris in the 1950s. His PhD thesis in Paris in 1957 was on the origins of underdevelopment, presenting the germ of ideas that subsequently were elaborated in his magnum opus *Accumulation on a World Scale* that was first published in 1970. He returned to Cairo to work as a research officer in the Office of Economic Management of the Egyptian government, but the anti-communism that marked the Nasser regime at that time drove him to exile, followed by a stint in Mali working for that country's government.

Thereafter, he was mostly based in Dakar, Senegal – first in the UN's Institut Africain de Développement Economique et de Planification, of which he became the director in 1970, and then as the director of the Forum du Tiers Monde (Third World Forum) that he set up in 1980. He was

instrumental in setting up the Council for the Development of Social Science Research in Africa (Codesria), which has become the main vehicle of social science research and analysis in the continent and currently has more than 4,000 active members.

Such activity reflected his pan-Africanism, which was an essential and abiding part of his personality and his intellectual leanings. But he did not see this as a simplistic celebration of one homogenised “African culture”, which in any case he recognised as a false construct. In a moving tribute, the young Tanzanian social scientist Natasha Issa Shivji has pointed out that Amin argued for pan-Africanism as “a project of the oppressed of Africa against imperialism and its compradors... as a political project from below, as a class project in defence of the peasantry and the working people and an anti-imperialist project birthed from the nationalist movements.”



Samir Amin
Accumulation on a World Scale

Amin had a sharp intellect and little patience for academic dissemblers, whom he saw through easily. He had an appropriately cynical attitude to mainstream economics, which he saw as little more than a discourse “to legitimise the unrestricted predations of capital,” and dismissed the claims of economics to being a pure science as little more than “magic and witchcraft”. His own analytical framework was that of Marxian political economy, of which he developed his own specifically anti-imperialist variant that presumed the existence of

unequal exchange between North and South, that systematically impoverishes the South in various ways.

So for Amin, capitalism, which was always a global system, was critically dependent on the polarisation between centre and periphery, and the logic of capital accumulation was such that the periphery could never catch up with the centre. Thus Amin became one of the most celebrated proponents of “dependency theory”, which he developed in several books such as *Accumulation on a World Scale*; *Eurocentrism*; and *Imperialism and Unequal Development*. According to him (as elaborated in his book *Capitalism in the Age of Globalization*, London: Zed Books, 1997), the fundamentally unequal relationship between centre and periphery is characterised by the five monopolies which reproduce global capitalism.

These are: the monopoly of technology generated by the military expenditures of the imperialist centres; the monopoly of access to natural resources; the monopoly over finance; the monopoly over international communication and the media and the monopoly over the means of mass destruction.

The way to combat this is through “delinking” – an idea he developed in a book of the same title in 1990. He did not view this as a simple reversion to autarky in trade or isolationism. Rather, he saw “delinking” as “the refusal to subject the national development strategy to the imperatives of worldwide expansion”, based on rejecting the dictates of the centre with regard to economic policies that ultimately benefit the centre rather than the periphery in which they are deployed. The requirement of delinking extended from specific policies to institutional structures that formed the very basis of social and political existence in the countries of the periphery. Thus, Amin was very critical of the models of development and of the institutional structures of nation-states in developing countries that slavishly imitated the West, which he felt enabled colonialism to easily transmogrify into neo-colonialism.

Delinking requires politically bold governments with sufficient mass support, which would have the confidence to reject strategies based on static comparative advantage and break the stranglehold of comprador interests over state policy. In addition to domestic political economy forces in support of this, it also requires much greater South-South co-operation, which should be based on economic relations that avoided reproducing relations of

exploitation that characterised interactions between the capitalist core and periphery. It also requires strengthening the co-operation between progressive forces across North and South.

An offshoot of this is the urge to a multipolar world – so Amin very much welcomed the emergence of new powers and the waning of US global power. He was optimistic enough to believe that as the world system fragments and comes apart, there would be greater possibilities for his much-anticipated revolt of the working classes of the North against capitalism itself.

However, he was also shrewd enough to realise that multipolarity does not necessarily represent a decline in imperialist tendencies or in traditional centre-periphery relations of hierarchy and domination. In a fairly complex but nonetheless sweeping analysis (*The Law of Worldwide Value*, New York: Monthly Review Press, 2010), he identified six global classes of significance: (1) the imperialist bourgeoisie at the centre or core, to which accrues most of the global economic surplus value; (2) the proletariat at the centre, which earlier benefited from being a labour aristocracy that could enjoy real wage increases broadly in line with labour productivity, but which was now more threatened and experiencing falling wage shares and more insecure employment conditions; (3) the dependent bourgeoisie of the periphery, which exists in what he saw as an essentially comprador relationship with multinational capital based in the core; (4) the proletariat of the periphery, which is subject to super-exploitation, and for whom there is a huge disconnect between wages and actual productivity because of unequal exchange; (5) the peasantries of the periphery, who also suffer similarly, and are oppressed in dual manner by pre-capitalist and capitalist forms of production; and (6) the oppressive classes of the non-capitalist modes (such as traditional oligarchs, warlords and power brokers).

This obviously creates an extremely complex set of struggles and alliances. And it means that even relations between economies in the peripheries would not always necessarily display the characteristics of working class and peasant solidarity that he hoped for.

Indeed, the possibilities of such complexity were increasingly recognised by Amir when it came to the role of religious fundamentalism as a supposedly anti-imperialist expression. While anti-imperialism was his deepest and most abiding characteristic, he was also ruthless in his critique of

religious fundamentalist movements. He was a vehement opponent of the Muslim Brotherhood in Egypt, criticising them sharply not only for their revanchist religious dogma with its socially regressive implications, but also because he believed that in economic terms they would apply the same neoliberal policies that the centre typically wanted to impose on peripheral countries. He even supported the military coup in Egypt – to the dismay of many of his friends and fellow-travellers – because of his deep opposition to both the politics and economics represented by such groups, and he felt strongly that they could never be part of a truly emancipatory movement.

These are strong views, and Amir always expressed them forcefully. But he was also a man of great personal charm, able to connect to people across the world of different backgrounds and ages, with little recognition of conventional hierarchies of age, achievement or experience. And his tenacity and untiring commitment were unbelievable. Even a few weeks before his death, I and many others among his friends and comrades across the world received emails from him reiterating the need for a new International and insisting on enlisting us for this cause, with demands for clear commitments with regard to time and output. He brought his formidable intellect and persuasive powers to this with so much energy that we were shamed into compliance, promising to take this forward. So we cannot even begin to say farewell, Amir, until we have done at least some of what we promised you.